

CAPÍTULO UNO

Lochan

Contemplo los pequeños, crujientes y calcinados insectos negros esparcidos sobre la pintura blanca y desconchada del alféizar. Es difícil creer que alguna vez estuvieron vivos. Me pregunto cómo sería quedarse encerrado en esta caja de cristal sin aire, cocido lentamente durante dos largos meses a causa del sol implacable; viendo el exterior, con el viento agitando los verdes árboles, lanzándote una y otra vez contra la pared invisible que te aparta de todo lo que es real, vivo y necesario, hasta que finalmente sucumbes, chamuscado, exhausto y abrumado por la imposibilidad de la tarea. ¿En qué momento se rinde una mosca y deja de intentar escapar a través de una ventana cerrada? ¿Acaso su instinto de supervivencia la empuja a seguir hasta que es físicamente incapaz de nada más, o al final, tras el golpe de gracia, aprende que no hay salida? ¿En qué momento decides que ya es suficiente?

Aparto mis ojos de los diminutos cadáveres e intento concentrarme en el grupo de ecuaciones de segundo grado de la pizarra. Una fina película de sudor me cubre la piel, atrayendo mechones de pelo contra mi frente, pegándose a mi camisa del colegio. El sol ha estado cayendo sobre los ventanales toda la tarde, y yo estoy sentado a plena luz con una postura ridícula, medio cegado por los potentes rayos. El respaldo de la silla de plástico se clava en mi espalda mientras me siento medio recl-

nado, con una pierna extendida y el talón apuntalado contra el pequeño radiador instalado en la pared. Los puños de la camisa cuelgan sueltos alrededor de mis muñecas, manchados de tinta y suciedad. La página vacía me mira, lastimosamente blanca, mientras resuelvo ecuaciones con una escritura letárgica y casi ilegible. El bolígrafo resbala y se desliza en mis dedos húmedos; despego la lengua del paladar e intento tragar. No puedo. Llevo casi una hora sentado así, pero sé que encontrar una posición más cómoda es inútil. Continúo con las sumas, inclino la plumilla de la estilográfica de manera que surca el papel haciendo un ligero ruido desgarrado. Si termino demasiado pronto ya no me quedará nada más que hacer salvo contemplar moscas muertas de nuevo. Me duele la cabeza. El aire está cargado por el sudor de treinta y dos adolescentes embutidos en una clase recalentada. Noto un peso en el pecho que me dificulta la respiración. No es sólo esta rancia habitación, este aire viciado. La sensación empezó el martes en el momento en que atravesé las puertas de la escuela para enfrentarme a un nuevo curso. La semana aún no ha terminado y ya me siento como si llevara aquí toda la eternidad. Entre las paredes de esta escuela, el tiempo fluye como el cemento. Nada ha cambiado. La gente sigue igual: con cara de idiota, sonrisas despectivas. Mis ojos sortean los suyos mientras entro en las clases y ellos me miran sin verme, a través de mí. Estoy aquí pero no lo estoy. Los profesores marcan mi nombre en la lista pero nadie me ve, pues hace mucho que perfeccioné el arte de ser invisible.

Hay una nueva profesora de inglés, la señorita Azley. Una mujer joven y brillante de las antípodas: tiene una enorme mata de pelo rizado que sujeta con un pañuelo de los colores del arcoíris, la piel bronceada y lleva aros de oro macizo en las orejas. Parece increíblemente fuera de lugar en una escuela llena de agotados profesores de mediana edad, de caras grabadas con líneas de amargura y desengaño. No hay duda de que también ellos, una vez, igual que esta rolliza y alegre australiana, llega-

ron a la profesión llenos de esperanza y energía, decididos a marcar la diferencia, dispuestos a hacer caso a Gandhi y ser el cambio que querían ver en el mundo. Hoy, tras décadas de normas, burocracia entre escuelas y control de masas, muchos se han rendido y esperan la jubilación anticipada —el té y las galletas de vainilla son el momento culminante de su día—. Pero la nueva profesora no ha tenido tiempo suficiente para vivirlo. De hecho, no parece mucho mayor que algunos de sus alumnos. Un grupo de chicos estalla en una cacofónica estridencia de silbidos hasta que ella se da la vuelta y les hace frente, observándolos con desdén hasta que empiezan a sentirse incómodos y apartan la mirada. Sin embargo, se genera un nuevo bullicio cuando ordena a todo el mundo que disponga las sillas en semicírculo, y con todo el jaleo, —las peleas de broma, golpes de pupitres y arrastre de sillas— tiene suerte de que nadie salga herido. A pesar del caos, la señorita Azley se muestra imperturbable; cuando todo el mundo se calma, mira alrededor del mal formado círculo y sonríe.

—Eso está mejor. Ahora os veo bien y vosotros me veis a mí. Espero que a partir de ahora tengáis el aula a punto antes de que llegue, y no olvidéis que todos los pupitres tienen que volver a estar en su sitio al final de la clase. Si me entero de que alguien se marcha sin haberlo hecho, se encargará de mover los del resto de compañeros durante una semana. ¿Me habéis entendido? —Su voz es firme, pero no hay rastro de maldad en ella. Su sonrisilla sugiere que puede que incluso tenga sentido del humor. Las quejas y protestas de los gamberros habituales se silencian sorprendentemente.

Anuncia que vamos a presentarnos por turnos. Después de explayarse sobre lo mucho que le gusta viajar, hablarnos de su nuevo perro y de su anterior empleo en una empresa de publicidad, se vuelve hacia la chica de la derecha. Subrepticamente, doy la vuelta a mi reloj, sitúo la esfera en el interior de mi muñeca y me dedico a contar los rápidos segundos. He estado todo el día esperando esto —la última clase— y ahora que ya ha llegado

apenas puedo soportarlo. Llevo todo el día contando las horas, las clases, hasta esta última. Ahora, todo lo que queda son los minutos, aunque se me hacen interminables. Hago operaciones mentales: calculo cuántos segundos faltan para que suene el timbre. Me inquieto cuando me doy cuenta de que Rafi, el gilipollas de mi derecha, está cotorreando sobre astrología otra vez. —Prácticamente todos mis compañeros se han presentado ya—. Cuando por fin Rafi deja de hablar sobre constelaciones estelares, se forma un silencio repentino.

Levanto la vista y me encuentro a la señorita Azley mirándome directamente.

Me examino la uña del pulgar y automáticamente mascullo mi respuesta habitual sin mirar:

—Paso.

Pero, para mi desgracia, me ignora. ¿Acaso no ha leído mi expediente? Sigue observándome.

—Me temo que hay pocas actividades en mi clase que sean opcionales —dice.

Oigo las risillas del grupo de Jed:

—Pues nos pasaremos aquí todo el día.

—¿Nadie se lo ha dicho? No habla nuestro idioma.

—Ni ningún otro. —Risas.

—¡Tal vez marciano!

La profesora les hace callar con una mirada.

—En mi clase las cosas no funcionan así.

Sigue otro largo silencio. Juego con la esquina de mi bloc de notas, los ojos de la clase me abrasan la cara. El constante tictac del reloj de pared queda ahogado por los latidos de mi corazón.

—¿Por qué no empiezas por decirme tu nombre?

Su voz se ha dulcificado ligeramente. Tardo un instante en descubrir el porqué. Entonces me doy cuenta de que mi mano izquierda ha dejado de jugar con el bloc de notas y ahora se sacude contra la página vacía. Me apresuro a esconderla bajo el pupitre, murmuro mi nombre y miro intencionadamente a mi vecino. Éste se lanza con entusiasmo a su monólogo sin conce-

der un segundo a la profesora para protestar, pero veo que ha cedido. Ahora lo sabe. La aflicción en mi pecho se transforma en un dolor amortiguado y mis mejillas encendidas se enfrían. El resto de la hora se ocupa en un animado debate sobre el valor de estudiar a Shakespeare. La señorita Azley no me invita a participar esta vez.

Cuando por fin suena el timbre en todo el edificio, la clase se disuelve en el caos. Cierro mi libro de golpe, lo meto en la bandolera, me levanto y salgo del aula enseguida, sumergiéndome mentalmente en la lucha que me espera en casa. A lo largo del pasillo principal, alumnos sobreexcitados emergen de las puertas para unirse al denso torrente de personas: me golpean hombros, codos, mochilas, pies... Consigo bajar una escalera, luego la siguiente y estoy a punto de atravesar la entrada principal cuando noto una mano en mi brazo.

—Whitely. Un momento.

Es Freeland, mi tutor. Siento cómo se me desinflan los pulmones.

El profesor de pelo plateado con la cara arrugada y hueca me conduce a una clase vacía, me señala una silla y luego se sienta con desmaña en la esquina de un pupitre de madera.

—Lochan, estoy seguro de que eres consciente de que éste es un año especialmente importante para ti.

Otra vez el sermón de bachillerato. Asiento levemente, obligándome a encontrarme con la mirada de mi tutor.

—¡También es el inicio de un nuevo curso! —Freeland lo anuncia con intensidad, como si necesitase que me lo recordaran—. Volver a empezar. Un nuevo comienzo... Lochan, sabemos que las cosas no siempre te resultan sencillas, pero esperamos grandes cosas de ti este trimestre. Siempre has destacado en los trabajos escritos, y es maravilloso, pero ahora que estás en tu último año esperamos que demuestres tu valía en otras materias.

Otro asentimiento. Un vistazo involuntario hacia la puerta. No estoy seguro de que me guste el cariz que está tomando esta conversación. El señor Freeland suspira sonoramente.

—Lochan, si quieres entrar en la Escuela Universitaria de Londres, sabes que es de vital importancia que empieces a adquirir un rol más activo en clase...

Asiento de nuevo.

—¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Me aclaro la garganta.

—Sí.

—Participación en clase. Unirte a los grupos de debate. Contribuir en las lecciones. Tan sencillo como contestar cuando se te hace una pregunta. Levantar la mano de vez en cuando. Eso es todo lo que pedimos. Tus notas siempre han sido impecables. En eso no hay quejas.

Silencio.

Sigue doliéndome la cabeza. ¿Cuánto va a durar esto?

—Pareces distraído. ¿Comprendes lo que te digo?

—Sí.

—Bien. Mira, tienes un gran potencial y no nos gustaría ver cómo te echas a perder. Si necesitas ayuda otra vez, sabes que podemos conseguir...

Noto cómo sube el calor a mis mejillas.

—No... No. Está bien. De veras. Gracias de todos modos.
—Cojo mi bandolera, paso la cinta sobre mi cabeza, la cruzo sobre mi pecho y me encamino hacia la puerta.

—Lochan. —El señor Freeland me llama mientras le doy la espalda y salgo—. Simplemente piénsalo.

Por fin. Me dirijo hacia Bexham mientras la escuela se desvanece rápidamente a mis espaldas. Apenas son las cuatro en punto y el sol aún pega fuerte; su brillante luz blanca rebota en los laterales de los coches, que reflejan rayos inconexos. El calor irradia del asfalto. La calle principal es todo tráfico, humo de los tubos de escape, bocinas escandalosas, colegiales y ruido. He estado esperando este momento desde que sonó el despertador esta mañana, pero ahora que ya ha llegado me siento extrañamente vacío. Es como ser un niño otra vez y bajar estrepitosamente las escaleras para descubrir que Papá Noel

ha olvidado llenar nuestros calcetines; de hecho, Papá Noel es precisamente la borracha del sofá de la sala de estar, que reposa en coma con tres de sus amigos. He estado concentrándome tanto en salir del colegio que he olvidado qué hacer ahora que ya estoy fuera. La euforia que esperaba no se materializa y me siento perdido, desnudo, como si hubiera estado preludiando algo maravilloso que he olvidado por completo. Al caminar por la calle, entremezclado con la multitud, intento pensar algo —lo que sea— que anhelar.

En un esfuerzo por deshacerme de mi extraño estado de ánimo, corro sobre los adoquines agrietados tras rebasar las alcantarillas llenas de basura; la suave brisa de septiembre me levanta el pelo de la nuca, las finas suelas de mis zapatillas se mueven sigilosamente sobre la acera. Me aflojo la corbata, estirando el nudo del cuello, y me desabrocho los botones superiores de la camisa. Me sienta bien estirar las piernas al final de un día largo y aburrido en Belmont; esquivar, rozar y saltar la fruta y las verduras aplastadas que han dejado abandonadas en los puestos del mercado. Giro la esquina hacia la estrecha calle familiar con sus dos largas hileras de casas pequeñas, decadentes y enladrilladas que se extienden gradualmente cuesta arriba.

Es la calle en la que he vivido durante los últimos cinco años. Nos mudamos a la vivienda social cuando mi padre se marchó a Australia con su nueva mujer y el subsidio familiar dejó de llegar. Antes de eso, nuestro hogar era una ruinoso casa alquilada al otro lado de la ciudad, en uno de los barrios bonitos. Nunca tuvimos mucho dinero, no con un poeta por padre, pero aun así, las cosas eran más sencillas en muchos aspectos. Pero eso fue hace mucho, mucho tiempo. Ahora nuestra casa es el número sesenta y dos de la calle Bexham: un cubo de dos plantas, tres habitaciones y estuco gris fuertemente aprisionado entre una hilera de casas, con botellas de Coca-Cola y latas de cerveza brotando en medio de la hierba, entre la verja rota y la descolorida puerta naranja.